

La traducción, el albergue de lo lejano

El traductólogo francés Antoine Berman nos invitó a considerar la traducción como *hostal* o *albergue de lo lejano*¹, trayendo a la mente las palabras del trovador medieval **Jaufré Rudel** (*l'ostal de lonh*). Entre los cientos de definiciones que se han hecho de la traducción no es la que menos juego da; de hecho, el traductor y el intérprete han ayudado a superar la barrera que impone la lejanía ya desde el oscuro amanecer de la humanidad.

En palabras de **Santiago Kovadloff**, la capacidad para traducir es «un don facultador de cercanía»², que convierte al otro en prójimo, y traducir es ofrecer a los demás la maravillosa singularidad del vecino, ya que de otro modo no podrían disfrutar de ella. Por tanto, presenta a la traducción como un servicio que fomenta la convivencia, pues ésta es la buena nueva que nos comunica: además de reconocer que el mundo del otro no es inescrutable, nos dice que es algo que nos interesa también a nosotros, en la medida en que desvela lo que somos.

Puestos a mencionar la lejanía, hay dos cuestiones que han despertado un interés creciente en el ámbito de los estudios sobre traducción durante los últimos años: traducción y género, y traducción y colonialismo. Ambos temas han necesitado bastante tiempo para atraer la atención de investigadores y teóricos y para empezar a airear las carencias y asimetrías que se daban en ambos terrenos.

Habiendo mencionado las lejanías que se evidencian en el género y el colonialismo, siguiendo el camino emprendido por **Dora**

Sales Salvador en la revista *Quaderns*³, seña de justicia nombrar a las indias **Gayatri Chakravorty Spivak** (1988), **Chandra Mohanty** (1988) y **Vrinda Nabar** (1995) o a la afroamericana **bell hooks** (1981). El proceder de la primera para dar a conocer en Occidente a su compatriota escritora **Mahasweta Devi** se ha convertido en paradigmático, en el sentido del concepto de *affidamento* de la abogada italiana **Lia Cingarini** (1995; 200).

La crítica que de una u otra forma han hecho todas ellas ha sido que el feminismo occidental, al establecer algunas de sus bases, no ha tomado en consideración las experiencias diferenciales de las mujeres de otras razas y culturas, trascendiendo el modelo eurocéntrico. Por ello, **Chris Weedon** (1999) nos ha recordado que la clave es «quién habla de quién», y en la misma línea la bengalí **Spivak** critica los argumentos universalistas del pensamiento feminista porque habla en nombre de todas las mujeres, pero también critica a quienes muestran posturas compasivas ante los discursos que llegan del Tercer Mundo. **Spivak** escribió el famoso artículo *Can the Subaltern Speak?*⁴, en el que sostenía que al sujeto subalterno femenino no se le permite hablar por su cuenta, aunque después hizo algunas matizaciones a esa idea, diciendo que el subalterno no tiene capacidad *para hablar políticamente*, y que lo importante es en qué medida son cómplices del silenciamiento las que están en posiciones favorecidas. En esa línea, dice que «cuando se han establecido líneas de comunicación entre un miembro de uno de los grupos subalternos y la ciudadanía y la

institucionalidad, el subalterno queda integrado en el largo camino a la hegemonía». Así, pues, reconoce que es importante que esa voz acallada por la hegemonía encuentre el modo de ser oída, y la traducción ofrece una excelente ocasión para ello.

Por tanto, no es de extrañar que **Tejaswini Narajana** (2002) tome muy en cuenta la traducción, en la medida en que elaboran estrategias políticas en torno al feminismo entre sus compatriotas indias, y por eso propone el sujeto político poscolonial, incluido el feminista, como sujeto de una traducción incesante.

Volviendo a nuestro ámbito geográfico, estos temas no han tenido hasta ahora el eco necesario, pero leyendo lo escrito por **Bakartxo Arrizabalaga**⁵, es posible que en los años venideros aumente el interés tanto por el género como por el colonialismo y la investigación en torno a la traducción, que en otros países comenzó en la década de los 90 y aún sigue ampliándose y profundizando a ojos vista.

Mientras tanto, en el País Vasco –donde las mujeres son más de la mitad de la sociedad–, algunos datos mencionados en el artículo dan que pensar: ¿qué presencia tiene la mujer en nuestra traducción? Respondiendo a la pregunta, la mencionada autora del artículo señala que entre los diez receptores del Premio Euskadi a la Traducción desde 1997 hasta 2006 solamente dos son mujeres. Pero eso no significa, como ha mostrado **Michaela Wolf** en una investigación en torno al idioma alemán llevada a cabo en la Universidad de Graz⁶, que las traductoras no sean tantas o más que los traductores, a pesar de que, como en el caso de Austria, es difícil obtener datos oficiales, ya que muchas de ellas trabajan en casa.

Incluso en relación con la crítica de traducción aparecida en los medios de comunicación, el protagonismo de los traductores es claramente superior al de las traductoras. Aun así, y comparando con lo que tenemos alrededor, parece que en la Asociación de Traductores Vascos EIZIE está más equilibrada la participación

de hombres y mujeres, sobre todo en los órganos de gobierno.

En lo referente a las relaciones lingüísticas, culturales y a nivel de traducción entre las metrópolis y los pueblos colonizados, que yo sepa el tema no ha despertado entre nosotros el aparente interés que ha suscitado en otros países, pero también en esa cuestión nos resultaría interesante analizar cuál es la acogida que se da a la creación en euskera en las lenguas principales de nuestro entorno, e indagar en los mecanismos que se activan para ello, en la línea del artículo de Spivak *Can the Subaltern Speak?*

Por último, aunque no menos importante, en este País Vasco en cuyas calles cada día se oyen más de cien lenguas y el número de inmigrantes crece, ¿cómo están las relaciones a nivel de cultura y traducción con esas lenguas? ¿Qué han hecho nuestras autoridades sanitarias, judiciales y de acogida para encauzar las relaciones lingüísticas entre nuestra variedad? En esta cuestión, como en muchas otras, seguramente las primeras iniciativas partirán de la sociedad, con grandes esfuerzos y reducidos presupuestos, aunque después será imprescindible que las instituciones le presten su amparo.

Antes de terminar estas líneas que he comenzado mencionando a Rudel y a Kovadloff, permítaseme decir que la búsqueda de un equilibrio ético entre los géneros y entre culturas de amplia y reducida difusión en la traducción y por medio de la traducción, además de un objetivo deseable, es una misión que nos conviene poner ya en marcha, a fin de que todos quienes vayamos a vivir en esa abigarrada megalópolis que se extenderá desde Bayona hasta el Gran Bilbao tengamos un albergue acogedor sin necesidad de que nadie tenga que renunciar a lo suyo.

Notas en página 103.